



BOLETIN DEL CLERO

DEL

OBISPADO DE LEON.

CONFERENCIAS PREDICADAS
EN LA CATEDRAL DE PARIS, DURAN-
TE LA ÚLTIMA CUARESMA, POR EL
P. FELIX, JESUITA.

CONFERENCIA III.

La Codicia.

(Continuacion.)

Vosotros direis «ese desastre es una escepcion.» Yo os lo concedo, es el extremo fatal de las cosas. Todas las peripecias de la codicia no tendrán estos trágicos desenlaces; el jugador apasionado no se matará, el especulador febril no se matará, el agiotista convulsivo no se matará, el improvisador de millones no se matará. Enhorabue-

na; pero lo que vosotros no comprendereis jamás, es lo que llega á ser ese hombre bajo el punto de vista de la grandeza moral, cuando su amor sigue por esa pendiente que le arrastra aun por debajo de la materia. ¿Quién dirá, la bajeza á que descende esa alma hecha para contemplar el cielo y poseer el infinito?..... ¡qué espectáculo el que nos ofrece ese hombre que no vé, que no comprende, que no conoce mas que estas tres cosas, que forman al rededor de él el triángulo miserable en que se encierra toda su vida, *el capital, la Bolsa, los números!* Ese hombre que no se conmueve mas que al contacto del oro, que no salta de alegría mas que al sonido del oro, que no conoce mas que una ambicion, la ambicion del oro, ni

mas alegría que la alegría que causa el oro, ni mas adoracion que la adoracion del oro ¿á qué barbarie no descende, aunque en el exterior resplandezca con todo el brillo con que la riqueza le circunda? ¡Ah! Señores; demasiado cierto es que esa pasion brutal le arrebatara toda la belleza, toda la suavidad, toda la grandeza humana, y le hace bárbaro, duro, rígido y rastreo. A fuerza de apasionarse por ese oro que toca, hace su corazon mucho mas duro que el oro que él ha tocado. Cuanto mas crece su riqueza mas descende su grandeza, cuanto mas se eleva su capital mas se envilece su alma, como para mejor agrandar el contraste, cada vez mas creciente, entre la elevacion de su fortuna y la caida de su vida.

Por mas que ese hombre quiera que las riquezas le den escudos, y su oro una aristocracia, lejos de poder entrar en la humanidad privilegiada, cae debajo de toda humanidad, y está mas bajo que todo pechero. Cualesquieran que sean los títulos que se dé, cualquiera que sea el lujo de que se rodee, y la magestad prestada con que se afane por cubrir su miseria personal, ese hombre, que acaso os desvanece en las calles por el esplendor de su librea de ayer, ese hombre cuyos caballos ricamente en-

jaezados hacen saltar chispas de las piedras que hollan con sus pies, ese hombre que pasa en un coche que nuestros padres hubieran tenido por el coche de los reyes en el dia de su consagracion, no solamente no es ni un rey, ni un príncipe, ni un noble, es aun menos que un modesto aldeano, menos que un modesto obrero, porque es menos que un hombre, es un ser degradado. Si dudais de esto, mirad su rostro y ved sus modales. Ni aun distincion hay en su persona: porque no hay grandeza en su alma.

¡Ah! lo que ha desenvuelto la nobleza de las almas en la aristocracia secular, cuyos vestigios gloriosos nos conserva la historia, es la pasion de todas las grandes cosas, y un desprecio generoso y fiero de la simple aristocracia del oro. Los verdaderos nobles, adquirian sus títulos en los sacrificios hechos á la patria y en destinos tanto mas honoríficos, cuanto que eran mas gratuitos; los verdaderos nobles encontraban en los campos de batalla escudos brillantes con el esplendor de su propia gloria. En esos tiempos generosos, en que las aspiraciones se dirigian á lo alto, no consistia la nobleza en amontonar al rededor de si un poco mas de esa escoria de la tierra. Si no se desdeñaba el brillo del oro como

un reflejo de la nobleza, tampoco se consideraba al oro como á la nobleza misma. Por esta razon la aristocracia conservaba su tendencia natural y aspiraba á subir, y poniendo bajo sus pies á todo lo que hay de mas vil, trabajaba por elevarse á cuanto hay de mas excelente.

De ahí proceden en las grandes líneas de la antigua nobleza esos instintos de dignidad y de respeto, que constituían el mas hermoso atributo de los hijos de ilustres razas. De ahí procedía esa grandeza de alma, esa expansión de corazón, esa elevación de sentimientos y esa suavidad de costumbres, que las generaciones se trasmitían de siglo en siglo. De ahí, en fin, procedía ese aspecto que no es ni la altivez, ni la pretension, ni la afectación, ni la hipocresía, sino la manifestación sincera de la nobleza de las almas, aspecto natural de la verdadera grandeza, imagen fiel de la verdadera distinción, que la aristocracia del oro, cuando es la única y exclusiva obra de una codicia afortunada, tendrá las pretensiones de imitar, pero sin que pueda hacer nunca mas que suplantaciones mas ó menos ridiculas. ¡Ah! Señores! Dios me libre de alhagar á unos y contristar á otros; pero á todos debo decir la verdad, y la verdad es,

que nada es mas impotente que la bajeza para imitar la elevación.....

Las fisonomías se degradan con las almas de que son expresión, y en tanto que la humanidad vaya perdiendo la ambición de lo que hay mas alto, por la investigación apasionada de lo mas bajo que hay en el hombre, las almas caerán mas y mas; y cayendo con ellas las fisonomías, imprimirán hasta en el esplendor de las riquezas y de los progresos del capital, el sello auténtico de la decadencia del hombre.

III.

Pero la codicia revela por efectos desastrosos su antagonismo innato con el verdadero progreso, no solamente en la degradación del hombre, sino tambien en la degradación de la familia. Los verdaderos manantiales del progreso humano, brotan del santuario de la familia. La familia es la que derrama perpetuamente en la sociedad esas olas de la vida que forman el río de las generaciones vivientes. La patria, como lo indica su nombre, emana de la paternidad; ella es como su prolongación y perpetuidad. Así es, que la patria es en su conjunto tal y como la paternidad la hace, virtuosa ó perversa, feliz ó desgraciada, en una palabra, pro-

gresista ó retrógrada segun que la familia inocular en las generaciones vivientes la virtud ó el vicio, los gérmenes del progreso ó los principios de la decadencia.

Bajo este punto de vista, nada nos interesa mas que saber lo que la codicia hace hoy en el seno de la familia. Materia hay aqui no solo para un discurso, sino para todo un libro: pero yo debo limitarme á mi asunto, y me contentaré con manifestar los obstáculos que nuestra codicia pone á la formacion, á la subsistencia, á la propagacion de la familia.

En primer lugar; el primer elemento de la familia, lo que abre al hogar su manantial vivificador, es la alianza: es decir, el alma unida al alma, el corazon unido al corazon, la vida unida á la vida. Lo que debe estrechar la alianza entre un alma y un alma, entre un corazon y un corazon, entre una vida y otra vida, os lo indica la creacion entera con el grito unánime de todas las cosas; es la afeccion. La familia es ante todo un centro de afeccion y de amor. Este centro se constituye por el encuentro espontáneo de dos almas en una misma afeccion. Estas dos vidas, uniendose bajo los auspicios del voto de la naturaleza, de la consagracion de la Iglesia y de la bendicion de Dios, forman como

la confluencia sagrada, de donde debe brotar la vida en torrentes puros, para engendrar la familia y alimentar la patria. Esto supuesto, si bien es cierto que hay causas accidentales que pueden producir desastres en la familia, tambien lo es que la familia no puede ecsistir sin aquellas condiciones.

Ahora bien ¿qué es lo que hace el siglo actual para constituir este centro vivo de la familia? Señores, ved en la constitucion de la familia, un desorden cuyas consecuencias sobre el abatimiento de la humanidad son incalculables. Lo que se pone entre esos corazones que deben estar unidos con union indisoluble, no es lo que une, es lo que divide; no es el amor, es el oro.

Si, el oro, ese gran soberano de la sociedad moderna, el oro, que parece reconcentra en si todas las grandes influencias, ejerce hoy un poder que asombra á la razon y aflige á la religion, el poder de realizar uniones que indignan á la naturaleza y que rechazan los corazones. Si señores; el matrimonio, union de dos corazones marcados con el sello de Dios está sometido á cálculos materiales, en que el corazon no tiene parte; uniones contra naturaleza, uniones bárbaras en que se hace violencia á los corazones, para hacer honor

á las familias, uniones degradantes en que se humillan las almas para levantar las fortunas, en que se deprava la sangre para restaurar un nombre ó agrandar una herencia. Para cimentar esta alianza que debe conducir á la familia sobre su indisolubilidad sagrada ¿qué es lo que poneis? una cifra, nada mas que una cifra; y por solo el poder de esa cifra decis á dos corazones que mutuamente se rechazan «vivid unidos. La fortuna corresponde á la fortuna. El oro es igual al oro. La ecuacion es perfecta. Nada teneis que decir.» Asi sucede, como si en esos contratos que deben fundar la familia, se tratase no de unir los corazones, sino de venderlos. ¡Vender los corazones! ¡Gran Dios! al pronunciar esta palabra terrible, aun no he dicho toda la verdad. Si, pobres corazones de 20 años que llamais al amor como la flor al rocío, el siglo os vende en vez de uniros. Corazones llenos de amor, ya demasiado estraviados por la influencia de novelas sensuales, soñais una cosa ideal, y para corregiros de un error por una locura, el siglo lo quiere, os casareis con un capital. Y ved como los desordenes se encadenan aqui á los desordenes, para degradar á la familia. Un hombre tiene 40 años, á fuerza de dilapidacion y sensualismo, ha agotado su for-

tuna y arrojado la sávia de su vida á todos los vientos de las voluptuosidades. He aqui que llega la hora de arreglarse: todo va á perderlo y todo se le escapa de las manos. ¿Pero qué es lo que hace para poner á salvo la segunda mitad de su vida? Se casa... con una fortuna! Le hablais por la primera vez, de un angel terrestre que le ofrece por primera dote el oro de un corazon puro, el oro de un alma inocente, el oro divino de todas las virtudes, pero os escucha distraido, y acaso lo considerais arrebatado por la contemplacion del cuadro que poneis delante de sus ojos. Sin embargo una sola cosa le preocupa ¿y sabeis cuál es la pregunta que hace este veterano de la disipacion? su pregunta capital, su pregunta decisiva y algunas veces su única pregunta, es la siguiente. *¿Cuánto tiene esa joven?*—500,000 francos.—«Me parece muy bien, eso es lo que yo habia deseado....»

No os riais, Señores; el asunto es demasiado triste, y necesitamos lágrimas de sangre para llorar sobre esta degradacion, que conduce á tantas otras. Porque las humillaciones, los vicios, las desgracias y las ruinas á que arrastra ese desorden fundamental, que hiere á las familias en su principio mas íntimo, son hechos que se

ven atestiguados por todas partes, con una elocuencia demasiado persuasiva, para que haya necesidad de añadir la demostración de la palabra.

La familia, una vez constituida, se mantiene, como fué fundada, por un principio de unidad. El amor, que se estiende del corazón de los padres, para desde allí remontarse á su origen natural, para volver á descender otra vez; el amor realiza en la unidad de la familia, una cosa semejante á la que hace la sangre en la unidad del cuerpo humano, á la que hace la savia en la unidad del árbol, difundiendo sin romperse en ramas multiplicadas, ved ahí lo que conserva, lo que funda y lo que constituye la familia. ¡Unidad admirable en que las afecciones responden á las afecciones, las simpatías á las simpatías, y en que la felicidad de cada uno se multiplica por la felicidad de todos! ¡Fraternidad dulce, que el padre y la madre protegen con su autoridad, y mantienen suave y fuerte en la suavidad y la fuerza de su propio amor! ¡Oh! ¡cuán bueno, cuán dulce es para los hermanos habitar y abrazarse en el seno de esta unidad viviente! Dios mío, ¿podrá romperse algún día esta unidad, cuyo lazo misterioso habeis escondido vos mismo en el fondo de

nuestros corazones? ¿podrán huir y evitarse, esos corazones que se atraen unos á otros? ¿podrán aborrecerse esos corazones que se aman? ¿y quién tendrá sobre la tierra poder para anonadar, con la dicha que en sí encierra, esa fraternidad, que la paternidad anuda en su propio corazón y que Dios desde lo alto de los cielos cubre con la protección de su mirada, y con las bendiciones de su amor? ¡Ah! Señores! una sola cosa tiene poder para destruir esa unidad y esa fraternidad; la codicia. ¿Qué será lo que suscitará odios imperecederos entre hermanos á quienes se podrá creer unidos en la eternidad de su amor? Una sola cosa, la división del oro. Allí donde empiezan las particiones, allí se separan los corazones. Si, la partición de la materia llega á ser el rompimiento de la unidad y la separación de los corazones, ¡Ay! ¡ay! ese foco de amor de donde han salido todos esos amores, apenas está estinguido; ese corazón de padre ó ese corazón de madre, de donde han salido todos esos corazones fraternales, apenas está helado por la muerte, y ya la codicia enciende en esos corazones, hasta entonces unidos, celos, discordias, aborrecimientos. Junto á ese féretro, que encierra el foco muerto del amor paternal, van á encenderse los

odios entre hermanos, tanto mas fuertes, tanto mas encarnizados, cuanto que son la perversión de un amor mas profundo y el rompimiento de una unidad mas santa. Las preocupaciones de la fortuna reemplazan en tres dias á las preocupaciones del dolor. En vez de unirse junto á una misma tumba, para depositar en ella por medio de lágrimas unidas, el testimonio de las mismas afecciones y de los mismos dolores, se encuentran delante de una misma herencia, para dar con el espectáculo de corazones divididos, el testimonio de una misma codicia y de un mismo egoismo. Esos mismos hermanos á quienes visteis hace dos dias conmovidos por un mismo dolor, llorando al rededor del lecho fúnebre de un padre ó de una madre, son los mismos hermanos, á quienes vereis mañana frios y pálidos disputando al rededor de su testamento. Aquellos á quienes ayer veiais y oiais, haciendo resonar en medio de los funerales los quejidos del dolor, serán los mismos á quienes vereis y oireis mañana, haciendo resonar ante los tribunales los clamores del odio; gritos salvajes de la codicia delirante y del egoismo enfurecido.

Ya lo veis, Señores: la codicia no se contenta con impedir la unidad que funda á la familia so-

bre la union de los corazones, la rompe tambien, aun despues que está fundada. La codicia es la causa de otro mal aun mucho mas desastroso, mal, que mi mision apostólica y la mision de mi asunto me autorizan y me obligan á denunciar hoy desde lo alto de esta cátedra; la codicia impide la propagacion de la familia humana y la hiere con una esterilidad vergonzosa, que prepara á la familia, con su propia decadencia, la ruina social. ¿Me atreveré yo á decir desde aqui y en voz alta, lo que hace años guardo en mi alma con un silencio doloroso? Si: yo me atreveré á decirlo, porque oigo que Dios me dice; «hijo del hombre no tengas miedo, y anuncia á mi pueblo sus crímenes y sus prevaricaciones» ¡Oh vergüenza! ¡Oh degradacion! ¡Oh ruina de la familia! ¡Oh codicia! ¿qué no haces aceptar hoy á las familias que se creen morales y aun cristianas? ¿No eres tú, la que para secar en la familia los manantiales de la vida, inspiras este cálculo de Satanás? «La cifra de vuestra fortuna está determinada, que sea determinado tambien el número de vuestros hijos....» Asi habla la codicia, y el hombre ahoga el grito de su conciencia y dice á la codicia «tienes razon» y dice á la vida que quiere dilatarse, porque es fecun-

da «tú no irás mas allá» y en esta obra de destrucción; vemos que el sensualismo se da la mano con la codicia. Si, Señores; el sensualismo que teme los partos colorosos, el sensualismo que tiene tanto horror al sacrificio como pasión por el placer, conspira con la codicia para violar la ley de la familia y disminuir la raza humana; y estas dos concupiscencias son cómplices de un mismo crimen para condenar al sepulcro á generaciones que nunca tendrán cuna. ¡Ay! tal es en esta parte la depravacion del sentido moral, que se forma una gloria inhumana de estos cálculos infanticidas. El crimen mismo, el crimen sin arrepentimiento y sin vergüenza, se atreve á lanzar el ridículo al deber, al sacrificio y á la virtud; y se le vé entregar á la sonrisa de los viciosos y de los cobardes, á los padres y á las madres que multiplican al rededor de si, como la vid sus ramas, los vástagos de su propia vida, y que llenen como los patriarcas la sencillez primitiva de contar por el número de sus hijos las bendiciones del cielo.

¡Dichosos los que no me oyen! pero los que tienen oídos para oír, oigan la verdad, toda la verdad sobre esos vicios ocultos y profundos, que carcomen sordamente en el corazon de la familia los gérme-

nes de nuestra vida moral y de nuestro progreso social.

¡Oh siglo XIX! ¡Oh siglo del progreso! ¿á dónde conduces á la humanidad por esa prevaricacion que cada dia se ensancha y se profundiza mas, amontonando sobre nuestras cabezas las borrascas de la tierra y los rayos del cielo? Poseedores de los bienes de este mundo, escuchad. Oponéis vuestros cálculos á las leyes de la Providencia y la cobardia de vuestro egoismo á los dones de su amor ¡desgraciados de vosotros! Temeis que vuestra posteridad no posea bastante, y sereis castigados en vuestra misma posteridad. Dios está en los cielos, y tiene rayos siempre prontos para vengar en su dia las violaciones de su ley.

(Se continuará.)

LA CONVERSION DE UN LIBERTINO.

Entre la escogida juventud de una ciudad populosa llamaba siempre la atencion un caballero jóven por su gentileza y bizarría, y por el lujo oriental que ostentaba en todas ocasiones. Hijo único y heredero de una casa noble y opulenta, mimado por consiguiente de sus padres, y adulado de los que pendian de su influencia ó medraban á su sombra, ni halló jamás obstáculo alguno en el camino de los gustos, ni sabia lo que cuesta

reprimir un deseo. Sus modales y fino trato revelaban que su educación había sido esmerada y en armonía con las leyes del siglo, pero la falta de moralidad que se descubría en sus acciones indicaba también el lamentable descuido y el abandono en la parte religiosa. Era en efecto así: pues engolfados sus padres en el flajo y reflujo de la política y cosas del siglo, é iniciados en las máximas de la nueva filosofía, que sólo mira á lo presente, creyeron que la misión para con su hijo se concretaba únicamente á lo que podía hacerle brillar en la sociedad, y se cuidaron poco de grabar en su corazón los deberes religiosos, que á su vez tenían ellos olvidados. De esperar era que juntos tantos y tan poderosos elementos para el mal habían de conspirar á su tiempo, y su inercia cesó en el momento en que la edad los desenvolvió, y principiaron á obrar en su esfera. El aliciente imperioso de las pasiones por un lado: el ejemplo provocativo de los jóvenes disolutos por otro, y los medios que le ofrecía su fortuna, le empujaron á la vez en el gran mundo, en ese océano donde pululan los escollos y peligros, y donde naufragan tantos jóvenes incautos que se arrojan en su fondo sin el áncora de la religión. Dado el primer paso en la pendiente del mal, la velocidad crece y se aumenta en proporción á las ocasiones y medios de fomentarle, y como por desgracia abundaban en la posición que dejamos indicada, el novel caballero corrió en poco tiempo todas las fases del vicio dejando en la huella inmunda de su planta, señal marcada de disolución y desenfreno. Los días y los años pa-

saban dulcemente sin salir de los cafés, teatros, casas de juego y otras que el rubor nos impide nombrar, y siempre con el foco de la licencia y disolución.

A una de estas se dirigía una noche envuelto en su rauglan, como le tenia de costumbre, y al entrar en una calle estraviada y solitaria advirtió que en dirección opuesta venia un grupo de gentes que no dejó de extrañar, pero impávido y sin arredrarle nada, siguió su camino con intencion de abrirse paso á todo trance, hasta que acercándose un poco mas observó á la luz del gas, que entre los sujetos que le formaban venia uno con ropa talar y sombrero canal que con paso presuroso se adelantó un poco a los demas é hizo señal con la aldaba en una de las casas inmediatas. Al momento estuvo franca la puerta y una voz dijo con acento dolorido «la señorita está al espirar.» No siendo desconocida al jóven ni la casa ni la persona aludida, se acercó á preguntar la causa de aquella novedad, y se entró maquinalmente ó impelido de una fuerza invisible hasta la habitacion de la enferma. Era esta una jóven que no contaba veinte años, á quien los estragos del padecimiento no habían logrado robar la hermosura; en cuyo rostro no había formado nubes el amor, y al través de la pena y el dolor se advertia una dulce sonrisa que revelaba la candidez de su alma y un carácter angelical. Vuelta en sí del desmayo que la puso á la muerte abrió los ojos y observando el sacerdote que acababa de colocarse á la cabecera la dijo, ¿cómo estais señora?—A la puerta de la eternidad, contestó esta con sumo trabajo y aus-

creí que estaba ya en ella; pero tengo el consuelo de preguntaros otra vez mas, si hallaré propicio al Señor en el juicio que me espera. ¿Será así padre mio?—Yo lo creo firmemente, repuso el sacerdote, y vos debeis esperarlo con fé y confianza. ¿Y por qué no, señora? habeis vivido ejercitando la virtud, y observando los preceptos de la Iglesia; habeis recibido anoche la gracia en el sacramento de la penitencia; la han aumentado hoy el Sagrado Viático y la Estremacion; os he aplicado la indulgencia plenaria de la bula; y teneis parte en las oraciones de la Iglesia como miembro de ella; unido todo esto á los méritos de nuestro Salvador ¿no es mas que suficiente para que esperéis en la misericordia del Señor? Creo que sí, padre mio, dijo la enferma; ¿y qué mas debo hacer para morir con la muerte del justo?—Esperar con resignacion se cumplan los decretos de la Providencia que vela siempre sobre nuestro bien, y á veces nos libra con una muerte prematura de la malicia del mundo que envuelve y arrastra á tantos al abismo en su rápida corriente. Ofrezca V. á Dios sus penas y su agonía en union de lo que nuestro dulce Jesus padeció en la cruz, que así participará en cierto modo de un mérito infinito, y servirán para purificar el alma de alguna leve falta.—Por este estilo seguia el venerable anciano consolando y alentando á la enferma cuando advirtió que repetia el accidente y se cerraban sus ojos. La llamó y no respondia; su aliento apenas se percibia y todo daba á entender que se acercaba la muerte. En este estado encendió la cera bendita,

indicó á los circunstantes hincasen la rodilla y principió á rezar con pausa la letania que la Iglesia ha dispuesto para este trance. Apenas la hubo concluido observó otra vez mas á la enferma, recitó algunas oraciones por lo bajo, y concluyó con el *requiescat in pace*. Todo quedó por el momento en profundo silencio, mas los gemidos, que no cabian ya en el pecho de los doloridos le interrumpieron luego, y mezclados con lastimeros ayes y un torrente de lágrimas, espresaban bien el vacío que dejaba la difunta en la familia y lo dolorosa que era su pérdida. El anciano sacerdote procuró consolar á todos y se despidió. El caballero jóven que vimos entrar como por curiosidad, y habia observado lo ocurrido como petrificado, salió tambien en pos de él, no para seguir el camino que llevaba en el principio y que habia paseado tantas noches, sino que observando la direccion del sacerdote, se incorporó con él ofreciendo acompañarle hasta su casa. ¿Qué escena esta tan terrible, venerable presbítero, dijo el jóven con acento conmovido, y que indicaba bien la honda impresion que en él habia causado. ¿Qué escena tan imponente y aterradora!—Lo es ciertamente, respondió el anciano, y aun es mas cierto que todos hemos de representar en ella el mismo papel; pero aunque no puedo negar que la muerte es amarga, estoy convencido de que ó no se presenta á todos con igual fealdad, ó no la ven de un mismo modo; pues he auxiliado y visto morir á muchos tan conformes y tranquilos, que los últimos momentos de su vida parecian un dulce sueño que los despertaba en la eternidad;

y tambien he visto á otros que dominados al parecer por una furia infernal, todo era agitacion y espanto, que á veces degeneraba en desesperacion. Afortunadamente esta fatal anomalia no influye nada en el destino futuro de cada uno que solo Dios conoce, pero no deja de ofrecer abundante materia para serias é importantes reflexiones. Yo creo prosiguió el jóven, dando un suspiro prolongado, que los grados de terror en la última hora los produce, mas bien que la muerte, la conciencia de cada uno, y en cierto modo lo he conocido esta noche, al ver morir á esa jóven tan resignada y tranquila, al mismo tiempo que mi corazon no cabia en el pecho, agitado con el peso de mis pecados; y sin acordarse de mi la muerte. ¿Qué hubiera sido si la hubiera visto acercarse con la terrible guadaña para descargar sobre mí el último golpe? Os confieso, padre mio, que he temblado y tiemblo ahora mismo acordándome de la horrible situacion que me esperaba. Despues de Dios solamente vos conoceis el estado de vuestra conciencia, repuso el sacerdote; yo que no tengo antecedentes de vuestra vida ni puedo, ni debo juzgaros; pero si mi consejo os agrada os digo para vuestro consuelo que no debeis desmayar mientras hay tiempo para reparar el mal. La puerta de salud está siempre abierta en esta vida, y el desesperar seria caer en un lazo mas temible que todos los que os ha tendido el enemigo infernal. Dios es bueno, es misericordioso, es un Padre; y dichoso el que reconocido vuelve á El, pues sabemos que el cielo celebra con mas gozo la conversion del pecador, que la perseverancia del justo. ¿Pero qué

debo hacer, dijo otra vez el jóven caballero, y por dónde he de principiar á reparar tanta abominacion como he obrado en la vida? Os pido por piedad que no me abandoneis, Padre mio, os ruego que me indiqueis el medio de arrojar este peso que me ahoga, este gusano que me roe el corazon, y la espada sutil que taladra el fondo de mi alma. Dios quiere indudablemente mi salvacion, busca como buen Pastor la oveja perdida, ayudadle pues, como buen Ministro, y mostradme el camino que conduce al redil.—Os ofrezco con todo corazon mi voluntad, caballero, dijo el Sacerdote; con uncion evangélica, y en ello cumplo mi deber; dichoso yo, si es aliviase en vuestra pena, y obrase con Dios vuestra salvacion. Pero ya conoceis que, nada mas podemos hacer en este lugar y á esta hora; mañana Dios mediante estaré en el templo y á vuestra disposicion.—Embebido uno y otro en conversacion animada llegaron á la casa habitacion del eclesiástico y recordando el jóven que no debía molestarle mas, se inclinó con humildad y se despidió.

Las dos de una de las hermosas mañanas de Mayo anunciaba el reloj de una iglesia inmediata, cuando el caballero de nuestra historia quedó solo en la calle, y el lector apenas querrá creer que se asustase y aun temblase á la sorprendente vibracion de la campana; pero debe recordar que los espíritus que se llaman fuertes, lo parecen únicamente, cuando está lejos la muerte ó les parece sueño; mas habiéndola visto tan cerca aquella noche, y cerciorado de que no respeta al viejo ni al jóven, el caprichoso vuelo del murciélago, y el

zumbido imperceptible de la brisa le imponían y causaban miedo. Herida su imaginación le abultaba y fatigaba los objetos en tal conformidad que el mas diminuto, le creía un espectro que estendia hácia él sus descarnadas garras, y le decía, *ven á juicio con Dios, ven á dar cuenta de tanta iniquidad*; y unido esto á la serpiente que interiormente roía su corazón, formaba en verdad una especie de infierno difícil de explicar, y fácil de sentir; ¡cuán cierto es que, el mayor mal del pecado es haberle cometido! ¡qué bien lo conocía el que dijo, *peccatum sibi supplicium est!* Sus pasos se precipitaban en proporción á la agitación interior, y corría espantado buscando seguridad en su casa, llegó á ella al fin; y esta noche no trató á sus criados con el despotismo de costumbre, ni les dió mal rato; antes bien les mandó retirar luego que entró en su habitación. Apenas se vió solo dirigió una rápida mirada sobre los objetos que la adornaban y cualquiera hubiera creído que lo hacía por separar las ideas melancólicas que le atormentaban, mas el disgusto con que la replegó, dió á entender que buscaba una cosa que no hallaba y era en efecto así. Deseaba una cruz ó la imágen de un santo que le alentase y solo halló en sus dorados cuadros pinturas obscenas que podrian servir de adorno en el infierno; suspiraba por un devocionario que le llenase de fervor y le abriese camino para reconciliarse con Dios, y solo tenia á la vista novelas lascivas y voluptuosas que habian fomentado y servido de pavulo á sus desordenadas pasiones; y recordando habia llegado la hora de violentarse y dar principio

á los sacrificios apagó repentinamente la luz para librarse de aquellos agujones del pecado, y postrado en tierra quedó recogido con Dios en la siguiente meditacion.

(Se continuará.)

CONFERENCIAS MORALES.

Nuestra Santa Madre la Iglesia ha procurado en todos tiempos con grande solicitud que sus ministros tengan la suficiente instruccion para que puedan desempeñar bien las difíciles y santas funciones de su ministerio. En los sagrados cánones esta espresamente consignada la necesidad de la ciencia para los eclesiásticos, así como tambien señalan las cosas que deben saber y las que deben ignorar, los medios que tienen para instruirse en la ciencia que exige cada orden, cargo ó dignidad, las penas en que incurren los clérigos ignorantes, y cómo cesa la irregularidad de falta de ciencia. *Si in laicis vix tolerabilis videtur inscitia quanto magis in iis, qui præsunt, nec excusatione digna est, nec venia* (1). Los medios que emplea la Iglesia para tener ministros sabios son: los seminarios, el examen prévio para recibir las órdenes, y los concursos.

(1) C. 3. Dist. 38. Son muchos los cánones que declaran irregulares á los eclesiásticos iliteratos: c. 2. dist. 43; c. 3. distinct. 44; c. 4. dist. 55; c. 7. de Elect. in 6.º, c. 4. de Temp.

En otra ocasion hemos tratado de los seminarios, y á la grande importancia de esta materia podemos solo atribuir el que se ocupasen de nuestro humilde trabajo algunos periódicos políticos y religiosos y le reprochera íntegro *El Católico*, sin ninguna excitacion por nuestra parte. Entonces manifestamos las importantísimas mejoras llevadas á cabo en el seminario de esta capital por nuestro celoso y dignísimo Prelado. Con cuanto anhelo procura secundar las miras de la Iglesia respecto á la piedad é instruccion de los jóvenes que se educan para el sacerdocio, lo prueban bien las disposiciones publicadas en este Boletín relativas al seminario (1).

El otro medio de procurar la instruccion de los Eclesiásticos, examinándolos para cada órden que hayan de recibir, por personas que sepan bien la ley de Dios y las de la Iglesia, *cap. 5, dist. 24*, fué asunto muy meditado y sabiamente arreglado por los Padres del Santo Concilio de Trento en los capítulos 7, 11 y 13 de la *sess. 23 de Reform.*; donde se señala el *minimum* de ciencia que exige cada órden. La vasta erudicion y probidad de los señores sinodales de este Obispado no permiten dudar que tambien en esta parte son fielmente entendidas y cumplidas las disposiciones del Santo Concilio.

En Francia no se hacen concursos, y en los que se celebran en Italia y

en otras partes no se sigue un método tan excelente como el practicado en España. Pero este tercer medio de tener párrocos idóneos supone de todos modos un conveniente rigor por parte de los jueces sinodales. Hé ahí por que en el último celebrado en este Obispado, visto que el número de opositores excedia mucho al de curatos vacantes, el Prelado manifestó sus deseos de que se procediese con rigor en las calificaciones, como así se verificó, quedando no pocos reprobados, y sabiendo ya todos que sin mucha aplicacion y estudio no se obtiene la aprobacion. Afortunadamente el último Concordato ha dispuesto que tampoco los curatos de patronato puedan proveerse en los que no están habilitados en concurso.

Aunque muy importantes los tres medios anteriores establecidos por la Iglesia para procurar la conveniente instruccion de los eclesiásticos; todavia es de temer que algunos ó porque no aspiren á la cura de almas, ó porque desempeñando ya este cargo no piensen entrar en nuevos exámenes ni oposiciones, descuiden el estudio que constituye, como saben nuestros lectores, una de las mas importantes obligaciones del eclesiástico en cualquiera categoría que se halle colocado. Y cómo se podrá evitar este abandono tan funesto para los individuos que á él se entreguen, mas funesto todavia para la respetable clase que deshonran con su ignorancia y mas aun para la Iglesia entera que cifra su mayor gloria y esplendor en tener ministros sabios y piadosos? Es verdad que los eclesiásticos que no tienen cura de almas están obligados á examinarse para obtener licencias

(1) Edicto de 20 de Mayo de 1855; Despacho de 21 de id. de 1855; Circular de 12 de Octubre de 1855; id. de 13 de Agosto de 1857; id. de 17 de Diciembre de id.

de celebrar y confesar, con mas ó menos frecuencia, segun las pruebas que den de su instruccion. Tambien es cierto que los mismos párrocos pueden ser obligados á comparecer á examen ante el Prelado, para que éste se cerciore de su ciencia cuando sospecha que no tienen la suficiente para el buen desempeño de las funciones de su ministerio; y en fin que puede y debe el Obispo nombrar vicarios ó coadjutores idóneos á los curas ignorantes, á cuenta de estos y sin que tengan lugar á apelacion, conforme al cap. 6 de la sess. 21 de Reformatio del Concilio Tridentino. Empero la experiencia enseña que estos medios dejan todavia mucho que desear. Así pues á fin de estimular á todos los eclesiásticos al estudio, y para que esta obligacion fuese á la vez una necesidad de la que ninguno pudiera prescindir, se instituyeron en muchas diócesis las *Conferencias Morales*, llamadas tambien *Conferencias Eclesiásticas*, que han dado en todas partes excelentes resultados. No haremos la historia de las conferencias, ni nos detendremos en probar su utilidad. ¿Por ventura puede haber quien dude de las grandes ventajas que ha de producir la reunion de los eclesiásticos de una diócesis para disertar sobre los puntos mas importantes y mas usuales de la moral, de la liturgia y de todo lo perteneciente á su ministerio? ¿Cuántas cuestiones difíciles y espinosas se ventilan y depuran en las conferencias hasta hallar una solucion satisfactoria y plausible? En algunas Diócesis con los resultados de las conferencias se han formado colecciones de cuestiones publicadas tambien con el título de *Conferencias*, como las de

Paris, Poitiers, Toul, Besanzon, Pamiers, La Rochela, Amiens, Luzon y la mas importante de las obras de esta clase que lo es sin disputa la titulada *Conferencias de Angers*. (1) En ella se hallan tratadas sábiamente todas las cuestiones de importancia apoyadas con textos de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, decretos de los Sumos Pontífices y de los Concilios. La mejor edicion que conocemos de esta preciosa obra forma 16 volúmenes gruesos, la hay tambien en 10 tomos, y la última y mas económica en dos en folio menor bastante voluminosos.

En las Diócesis de corta estension es preferible una sola conferencia bajo la Presidencia del Prelado, porque así se consigue mejor la conveniente uniformidad en el desempeño del ministerio eclesiástico. Mas en las Diócesis dilatadas es indispensable la division en arciprestazgos ó comarcas, como lo dispuso S. Carlos en su primer Concilio de Milans.

Nuestros lectores saben bien que el dignísimo Prelado que felizmente gobierna esta Diócesis habia establecido anteriormente las conferencias en todo el Obispado, pero se vió en la sensible necesidad de suspenderlas, durante las últimas vicisitudes políticas, porque las pasiones tan agitadas en aquella época hubieran interpre-

(1) No tenemos noticia de ninguna obra española de esta clase, si bien no lo extrañamos; porque las conferencias ni son tan antiguas, ni se hallan tan generalmente establecidas en nuestra nacion como en otras, donde han sido mas necesarias por la mayor estension de las Diócesis y mas difícil comunicacion de los eclesiásticos con sus respectivos Prelados.

tado mal las reuniones de eclesiásticos en puntos determinados. Ahora que la atmósfera política está mas tranquila han podido renovarse las conferencias sin ninguna clase de inconvenientes. Por otra parte la nueva forma en que se establecen es mas conducente á su objeto, el que como hemos dicho, no es otro que estimular á los eclesiásticos al estudio é ilustrarlos en las cuestiones mas importantes de su ministerio. Podia suceder antes, que los menos aficionados al estudio, solo trabajasen cuando les llegaba el turno de componer su disertacion; mientras que en la actualidad todos tienen que presentarla escrita y firmada, todos han de ir preparados para hacer algunas observaciones y tambien para contestar á ellas; ya porque la suerte los designe, ya porque voluntariamente quieran hacerlo.

En esta capital se celebró la primera conferencia el dia 4 en la Cámara Episcopal y bajo la presidencia del Excmo. é Ilmo. Prelado, quien dirigió las preces con que se dió principio, y pronunció en seguida un excelente discurso, nutrido de doctrina, de unción, de símiles y comparaciones instructivas y amenas para probar la necesidad que tiene el Clero, en este siglo especialmente, de unir á una

conducta ejemplar una instruccion sólida y piadosa. Verdaderamente sentimos que no lean nuestros suscritores aquel discurso lleno de sabiduría evangélica. El mismo Prelado dirigió la solucion de los argumentos que se hicieron y propuso otros.

La conferencia de esta capital es muy numerosa, y ademas asistieron algunos señores capitulares y otras personas.

Estando ya muy adelantada la impresion de este número, no podemos estendernos en otras consideraciones. Felicitamos, por conclusion, sinceramente al Prelado y al Clero de la Diócesis por el restablecimiento de las conferencias, para todos y por todos conceptos ventajosas.

SS. MM. acaban de dar una nueva prueba de su tierna devocion á María Santísima, regalando un preciosísimo manto de terciopelo, color carmesí, bordado de oro fino, á la Sacratísima y Veneranda imágen de Nuestra Señora del Mercado, antigua del Camino, de esta ciudad. Los Leoneses cuya devocion á esta milagrosa imágen es bien conocida, han tenido, y tienen una satisfaccion inde-

cible en que SS. MM. la hayan distinguido con tan magnífico regalo. Nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado bendijo el hermosísimo manto, y con su acuerdo el domingo 18 del anterior se celebró en acción de gracias una misa solemne, que ofició la capilla de la Santa Iglesia, y á la que asistió su E. Ilma. de capa magna, el M. I. Ayuntamiento presidido por el Sr. Gobernador civil, y un inmenso gentío, que no pudo caber en el templo. Todo aquel día, y las mañanas de los ocho siguientes estuvo la iglesia abierta, con el objeto de que los fieles tuvieran el gusto de ver la régia dádiva. Todos, sin escepcion, concurren á verla, todos admiraron su valor y hermosura, y experimentaron vivos afectos de gratitud y amor á unos soberanos tan eminentemente piadosos.

ANUNCIOS.

GUIA DEL ESTADO ECLESIASTICO DE ESPAÑA

PARA EL AÑO DE 1858.

Este librito es de los que

no necesitan mas recomendacion que su título. Siempre curioso é interesante es en muchos casos necesario; sobre todo cuando reúne las muchas é importantes noticias que comprende la Guia del año de 1858, muy superior en mérito á las que se han publicado en años anteriores.

Existen ya pocos ejemplares en la imprenta de este Boletín, donde se venden al precio de 17 reales.

El día cinco llegó á esta ciudad el Ilmo. Sr. Obispo de Zamora. Comió en el palacio episcopal juntamente con el Sr. Gobernador de la provincia y otras personas, y continuó su viaje dirigiéndose por Valladolid á su Diócesis.

LEON: IMPRENTA Y LIT. DE MANUEL
G. REDONDO.—1858.